

que: "la U. R. S. S., es un estado socialista de trabajadores y campesinos", descubrimos cierta incongruencia entre la definición de lo que es el país como Estado político, y la posibilidad de que a sus órganos supremos de poder (o a cualesquiera otros consejos) puedan llegar, por elección, sujetos que no sean obreros, ni campesinos. Empero la nueva ley constitucional, asegura que todo poder en Rusia corresponde a los que trabajan, lo que quiere decir que no debe ser considerado tan universal el derecho de ser electo, pues en tanto se conserve la hegemonía proletaria, únicamente irán a los distintos cuerpos de elección, los que estén identificados o quieran estarlo con la clase dominadora. Y esto último se confirma, porque a las organizaciones sociales de los que trabajan, al Partido Comunista y a las sociedades cooperativas exclusivamente se les otorga el derecho para presentar a los candidatos. Más aún, todo ciudadano elegido *puede ser retirado* de su mandato *en cualquier tiempo* mediante procedimientos especiales y por virtud del acuerdo *de una mayoría de electores*. Esto es: se colocan los cimientos para que la maquinaria política del poder pueda desarrollarse dentro de la ley, seleccionando a los adeptos y desplazando a los peligrosos o a los enemigos.

También se estatuye la elección directa en el sistema electoral. Y por lo que respecta al secreto del voto, hereda los defectos que en su ejercicio, dentro de la política burguesa, le han sido señalados. El método del voto secreto no es democrático sino la expresión del individualismo liberal. Puede relativamente justificarse porque representa el esfuerzo contra los influjos electorales ilícitos del gobierno, de los partidos o de ciertas personas, así

como contra otros abusos. "Pero es necesario entender bien su naturaleza y poner en claro que, en principio, pertenece a la ideología del individualismo liberal y contradice al principio político de la Democracia. Pues la aplicación consecuente de la votación secreta transforma al ciudadano, al *citoyen*, es decir, a la figura específicamente democrática, *política*, en un hombre privado, que desde la esfera de lo *privado* (sea tal su religión o su interés económico, o ambas cosas en una) *manifiesta una opinión privada y emite su voto*. *El sufragio secreto significa que el ciudadano que vota se encuentra aislado en el momento decisivo*. De esta manera se hace imposible la asamblea del pueblo presente y toda especie de aclamación, quedando por completo rota la vinculación entre el pueblo reunido y la votación. *El pueblo ya no elige y vota como pueblo*. Los métodos de la actual elección popular y de la actual votación popular, en la moderna Democracia, no contienen en modo alguno el procedimiento de una verdadera elección popular o verdadera votación popular, *sino que organiza un procedimiento de votación individual con adición de votos*". (4) Mas si tenemos en cuenta la preocupación esencial de la política moderna de realizar la política de masas, debemos exigir no el sufragio privado y personal, sino la expresión de la *voluntad general* conocida por la *presencia del pueblo*, por la asamblea de éste, y *mediante su aclamación*, desterrando el procedimiento que se realiza *en su ausencia*, y por virtud de su desarticulación. Con lo cual abogamos por el imperio de la opinión pública, coordinadora y realizadora de la democracia social.

(4) Teoría de la Constitución. Carl Schmit.

ANTONIO CASO

LA obra de un pensador puede clasificarse tanto en función de lo que afirma, como atendiendo a lo que niega. Ello obedece a que en las producciones filosóficas suele haber una parte dogmática, constructiva, y otra destructiva o crítica. En su aspecto dogmático, es la de Antonio Caso una *filosofía de la vida, de la intuición y de la acción*; en su parte crítica, representa una ininterrumpida y vigorosa polémica en contra de los excesos del intelectualismo y, sobre todo, del positivismo.

Cuando el maestro mexicano era estudiante de la Escuela Nacional Preparatoria, la filosofía positiva ejercía fascinadora influencia en todos los espíritus. Un intelectualismo radical, unido al ma-

Por
EDUARDO GARCIA MAYNEZ

ravilloso desarrollo de la técnica y los grandes progresos científicos, había provocado en los hombres de la época una fe ciega en el valor de la ciencia, y creciente desprecio por las disquisiciones metafísicas.

Las ideas de Comte, Mill y Spencer encontraron en nuestro medio favorable acogida y difusión extraordinaria, debidas, principalmente, al proselitismo y entusiasmo del doctor Gabino Barreda, propagandista formidable, a quien el maestro llama irónicamente "nuestro Mesías positivista".

"Durante el Gobierno de Juárez y el Ministerio de Martínez de Castro, el doctor Gabino Barreda organizó la educación secundaria o preparatoria de la República, con fundamento en la filosofía comtista, descoronada de su remate natural: la política y la religión de la humanidad. Es decir, pensó realizar, en sus principios inalterables, la dicha de los mexicanos, construyendo sobre los, para él y sus adeptos, firmes cimientos de la ideología positivista. El "Cours de philosophie positive" fue la Biblia del nuevo mentor de los mexicanos.

"Augusto Comte había sostenido en sus libros que el positivismo completaba la obra negativa de los revolucionarios franceses. Se llamó, a sí propio, el gran pontífice occidental, y soñó en unificar los criterios disímiles y las voluntades opuestas, gracias a la ciencia elevada a la categoría de dogma de una nueva fe incontrovertible y eterna.

"Ramírez fue el destructor; Barreda el constructor. Después del jacobinismo—la ideología destructora—el positivismo, la ideología constructora. El "Nigromante" pareció a sus coetáneos el arcángel exterminador, lleno de ira sagrada e indómita energía. Barreda era "Solness el constructor" que, como el personaje de Ibsen, había de terminar sus esfuerzos en el fracaso; pero, más feliz que el héroe ibseniano, no asistiría al desmoronamiento de su obra mientras viviera". ((1)

Este desmoronamiento se debió al autor de "El mundo como economía, como desinterés y como caridad". El filósofo mexicano ha consagrado su fecunda vida de escritor y maestro a combatir los errores del positivismo, demostrando la necesidad de completar los métodos intelectualistas con el recurso constante a la intuición, que en su concepto es el método filosófico por excelencia, ya que hace posible el establecimiento de una metafísica y la superación de las limitaciones inherentes al saber puramente conceptual.

La obra de Antonio Caso no sólo ha sido destructiva. El educador mexicano destruyó primero, para construir después. La *pars edificans* de su labor debe clasificarse, según dijimos, como *filosofía de la vida, de la intuición y de la acción*. Este es el nombre que el famoso historiador Augusto Messer, da a esa corriente de pensamiento que brota en las páginas de Federico Nietzsche y culmina en las obras de Boutroux, James y Bergson. Antonio Caso ha continuado en la América Española la tarea iniciada por aquellos filósofos en Europa y Estados Unidos; pero ha sabido lograr una posición independiente, realizando, en la misma dirección espiritual, interesantes aplicaciones y trabajos originales.

Explicaremos brevemente la denominación antes citada: filosofía de la vida, de la intuición y de la acción.

Filosofía de la vida: en cuanto enseña que es la existencia el valor supremo, ya que representa el supuesto para la realización de los más altos ideales.

Filosofía de la intuición: en cuanto afirma que sólo la intuición nos pone en contacto inmediato con la realidad concreta.

Filosofía de la acción: en cuanto sostiene que en el mundo estamos para obrar.

Augusto Messer describe en estos términos la corriente espiritual de que hablamos: "Desde el año de 1890, y con más vigor desde el comienzo del siglo, multiplícanse los síntomas que anuncian el despertar de una nueva vida espiritual. Esta no halla aire y luz suficientes para su desenvolvimiento en las concepciones religiosas y confesionales (de las cuales es afín); pero, por otra parte, está en marcada oposición con la filosofía científica, especialmente con las direcciones naturalistas.

"En su obra *Sobre la utilidad y perjuicio de la historia para la vida*, plantea Nietzsche el siguiente problema: "¿Debe dominar la vida sobre la ciencia o el conocimiento sobre la vida?" Y se decide por la preeminencia de la vida. Esta decisión valorativa es típica de la corriente espiritual que describimos aquí.

"El máximo valor no reside para ella en el conocimiento científico de lo existente y de lo que ha existido en el pretérito, sino en la vida, considerada como superior desenvolvimiento y plena perfección de las fuerzas íntimas al servicio de los ideales... La vida y la creación no deben dejarse regir por el intelecto, que trabaja con conceptos abstractos, sino por el corazón, por el sentimiento, por la intuición, que contempla inmediatamente lo concreto". (2)

Se ha dicho que Antonio Caso carece de originalidad. Que sólo ha sido expositor inteligente, gran orador y maestro incomparable. Repróchasele el que no haya construido un sistema.

Tales cargos son infundados, y únicamente revelan desconocimiento, no sólo de la producción del insigne maestro, sino de la naturaleza de las tareas filosóficas y de la imposibilidad de una originalidad absoluta.

Piensen algunos que el filósofo tiene el deber ineludible de descifrar los enigmas del Cosmos, ofreciéndonos en una vasta *Suma*, como don magnífico, la clave de todas las dudas, el remedio de todos los escepticismos, la revelación de todos los misterios. Ignoran, los que creen tal cosa, que la especulación filosófica, en su forma más pura, es

(1) A. Caso: *Historia y Antología del Pensamiento Filosófico*, pág. 511.

(2) A. Messer: *La filosofía actual*, traducción de Joaquín Xirau, pág. 141.

pensamiento problemático, es decir, empeño firme y constante orientado hacia la consecución de la verdad, sin prejuicios de ninguna especie, sin dogmáticas anticipaciones, sin plan preconcebido, sin sistema.

La historia de la filosofía—enseña Nicolai Hartmann—presenta dos grandes direcciones espirituales: la del pensamiento sistemático constructivo, y la del pensamiento problemático. Tales tendencias pueden darse unidas, pues hay pensadores que, como el santo de Aquino, siendo constructores de sistemas son, al propio tiempo, hombres dotados de ese maravilloso instinto problemático, característico de los metafísicos de genio. Pero, por regla general, aquellas tendencias aparecen desligadas. En Proclo y Plotino, Santo Tomás y Scoto, Hobbes y Spinoza, domina el pensamiento sistemático; en Platón y Aristóteles, Descartes y Hume, Leibniz y Kant, el pensamiento problemático. No es una casualidad ni un infortunio que estos últimos no hayan legado a la posteridad grandes sistemas. Ello no quiere decir que Platón y Aristóteles, por ejemplo, no aspirasen a la constitución de un saber sistemático: significa únicamente que predominaba en ellos el amor al problema, a la dificultad, a la aporía. Y es que tenían visión clarísima de que el problema—no el sistema—es lo esencial en la labor metafísica. Los hombres pueden construir sistemas, más o menos artificiales; las aporías, en cambio, son independientes del filósofo: se le imponen, por decirlo así; exigen una solución, la cual, en muchos casos, nunca será plenamente lograda. Los problemas metafísicos son como los acertijos de la esfinge: no hay quien pueda evitarlos. Aquel que se esfuerza por desconocer su existencia, para no destruir la armonía de un plan trazado de antemano, jamás logrará una obra valiosa y duradera.

“En la actualidad—escribe Hartmann—el pensamiento sistemático ha perdido su importancia de antaño. El radio de acción del pensamiento constructivo es limitado. La ciencia ha hecho progresos en todos los terrenos. Quien desprecia sus resultados, condénase de antemano al fracaso. En esta época no se trata ya, como en las pretéritas, de colocar los cimientos de una concepción del mundo para luego desenvolverla hasta sus consecuencias últimas. Ya no se trata de una orientación inicial dentro de un caos de fenómenos. Los fenómenos encuéntrase ordenados y estructurados; y muchas facetas de su natural ordenamiento son conocidas por nosotros. La manera como las vemos, se halla además determinada por categorías. Estas categorías son múltiples, y cada orden fenoménico tiene las suyas, irreductibles. Quien pretendiese en la actualidad, merced a la suposición de un determinado grupo de cate-

gorías, lograr un sistema unitario, veríase obligado a hacer violencia a los demás sectores del conocimiento. Tendría que ofrecernos una unidad artificial, a costa de la natural multiplicidad y, consecuentemente, nunca podría llegar al conocimiento de lo real. Explicar el espíritu por la materia, o ésta en función de aquél; entender el ser de acuerdo con la conciencia; reducir a mecanismo un organismo o presentar los procesos mecánicos como vitalidad disfrazada: todo esto, y otras cosas más, son ahora absolutamente imposibles. Semejantes intentos se estrellarían muy pronto: los conocimientos adquiridos en las materias especiales los harían irrealizables por completo. El pensamiento constructivo ha pasado a la historia”. (3)

Antonio Caso pertenece a ese grupo de pensadores, en los que domina el pensamiento problemático: por eso no ha construido un sistema. En cambio, dejándose llevar de su hondo instinto metafísico, se ha aventurado por casi todas las provincias del vasto territorio de la filosofía general, libre de todo dogmatismo y armado de penetrante sentido crítico, en busca de las eternas aporías. Y se ha enfrentado a ellas con elegancia y desenfado, deshaciendo muchos errores y logrando en ocasiones verdaderas conquistas, que le aseguran un puesto independiente como pensador.

En el capítulo III de su *Historia y Antología del Pensamiento Filosófico*, escribe: “La forma externa sistemática, lógica, no es esencial, por más que varios lo pensaron así, a la elaboración filosófica. “El que piensa metódicamente—dice Kant—puede exponer su pensamiento sistemática o fragmentariamente. La exposición fragmentaria en lo exterior, pero metódica en el fondo, es una exposición aforística”. Es decir, que siempre que se filosofa se piensa con interna congruencia, aun cuando la exposición sea fragmentaria, aun cuando se filosofe *al martillo*, como decía Nietzsche con su habitual elocuencia...” “Es discutible afirmar que la filosofía misma haya de ser sistemática. El sistema era propio de la filosofía apriorística, o de la dialéctica de escolásticos y hegelianos”.

Se equivocan los que piensan que sin sistema no hay filosofía. Los pensadores más excelsos de la humanidad no fueron constructores de sistemas. Los diálogos platónicos constituyen el más puro ejemplo del pensamiento problemático. Casi todos los escritos del fundador de la Academia terminan en punto y coma; el filósofo rara vez formula conclusiones, limitándose a discutir largamente los problemas, en un esfuerzo constante de aproximación a la verdad metafísica, esa verdad siempre anhelada y nunca descubierta por completo.

(3) Nicolai Hartmann: *Systematische Selbstdarstellung* (Autoexposición sistemática). Berlín, 1933, pág. 283.

El sistema debe ser el fruto de la discusión de las aporías; no un esquema apriorístico, en el que se trate de hacer caber a toda costa la realidad por explicar. Nietzsche no fue un filósofo sistemático y, sin embargo, del conjunto de sus obras desprende una concepción del mundo y de la vida. Lo propio puede afirmarse del autor de los *Discursos a la Nación Mexicana*: no ha trazado a priori un sistema, pero en sus escritos se refleja una nobilísima y profunda concepción de la existencia. Algunas de sus obras—piénsese por ejemplo en *El Concepto de la Historia Universal*—son a manera de un diálogo sostenido por dos críticos a propósito de una tesis y su antítesis; con meticulosidad de orfebre, considera el pensador una tras otra todas las facetas de la cuestión por resolver; discute las doctrinas existentes sobre el tema y, después de separar lo que en ellas vive y lo que ha muerto, prosigue incansable su labor, haciendo nuevas hipótesis y ensayando soluciones nuevas, firme siempre en su empeño de llegar a la verdad.

Los que declaran que Antonio Caso no es original, demuestran un desconocimiento completo de la producción del filósofo mexicano. Absolutamente original, después del maestro de la Academia y el filósofo de Königsberg, nadie puede serlo en filosofía. En la actualidad, sólo es posible una originalidad relativa. Y tal originalidad no puede negársele a Antonio Caso. Sus obras encierran varias teorías y numerosos puntos de vista persona-

lísimos, de originalidad indiscutible. Citaremos, como ejemplos de mayor importancia: su doctrina acerca de la intuición poética, su tesis sobre el heroísmo filosófico y la luminosa síntesis contenida en el libro *La Existencia como Economía, como Desinterés y como Caridad*.

La afirmación de que cada filósofo debe crear un sistema propio, es enteramente falsa. El pensador ha de preocuparse por alcanzar la verdad, no por ser original. La filosofía no es invención, sino intuición y descubrimiento. No se trata, en estas materias, de forjar teorías, por amor a las teorías, sino de intuir verdades. Los que hablan de *modas filosóficas* olvidan que la verdad es eterna, y está por encima de los errores de los hombres.

Si descartamos las críticas nacidas de la ignorancia, sólo en función de la envidia podemos entender los ataques que se han dirigido al ex Director de la Facultad de Filosofía y Letras. También a hombres como él resulta aplicable el prologo: nadie es profeta en su tierra. Antonio Caso, a quien tanto se ha combatido en México, es una figura continental. Sus sabias enseñanzas han sido escuchadas con veneración y aplaudidas con entusiasmo por los estudiantes de casi todas las capitales de América. Las Universidades de Río de Janeiro, San Marcos de Lima y Guatemala, le han concedido el título de doctor *honoris causa*; y la juventud de los países hermanos ve en él a uno de sus grandes maestros.

CARMEN O DE LA ALEGRIA

EL cuarto de Carmen, comunica con una terraza pequeña que se asoma a la alameda de Santa María. Como la tarde que ha estado muy calurosa empieza a declinar, Carmen y Luis salen a continuar su conversación en la terraza.

CARMEN.—¡Pero Luis, cómo defiende usted a las mujeres con anteojos! Todas tienen un inconfundible corte de institutrices.

LUIS.—Si yo no las defiende Carmen. Lo que confieso es que algunas no pueden dejar de conmovirme brevemente. Es que... sabe usted, yo estuve enamorado una vez de una muchacha con lentes. Es decir, en realidad me enamoré de ella antes que enfermara de los ojos, los lentes sobrevinieron a la mitad de nuestra ternura y efectivamente estuvieron a punto de helar mi devoción; pero qué quiere usted, el amor va tejiendo una serie de lazos formales que no puede uno romper luego. Ya casi había terminado de pre-

Por

J O S E A L V A R A D O

parar las últimas rupturas, cuando de pronto volví a enamorarme de nuevo, y naturalmente los lentes gozaron algunas chispas de mi pasión. ¿Qué culpa tuve yo? Una tarde como ésta fue la causa de todo.

CARMEN.—¿Nada más una tarde?

LUIS.—¿Cuestión de escenografía, sabes? Hay algunos momentos también decorados para el amor que realmente es una lástima desaprovecharlos.

CARMEN.—Esta tarde, por ejemplo. Vea usted aquellas nubes.

LUIS.—Es cierto. Pero desgraciadamente, voy a tener que desperdiciarlo todo: la tristeza del parque, las nubes doradas, la luz... Note usted